

VIEJAS POSTALES DESCOLORIDAS.

LAS COMPARSAS DE 1939

Por Julio Villoch

HAY QUE convencerse una vez más de que Cuba es el país de los viceversas, de las paradojas, y de las cosas inconcebibles. Vivimos de sorpresa en sorpresa, y de susto en susto. Las utopías más descabelladas se imponen al más noble de los postulados. Cuando el servidor del Gobierno cree que le van a premiar sus veinte años de labor honrada y beneficiosa, viene un reajuste y la cercena de un mandoblozo el cuarenta por ciento de su sueldo. ¿Que se desbordan las rentas de la Aduana? Se deniega un crédito modesto para una laudable empresa de cultura. ¿Que, por el contrario, merman con la amenaza de dar un salto en el vacío? Se vota un crédito exagerado para abrir una academia y dedicarla a la enseñanza del saxofón y demás instrumentos de aire. También es cosa corriente que al ciudadano—*civis* o *citoyen*, como mejor suene—que vimos ayer paseando en su automóvil lo veamos hoy empujando, en mangas de camisa, un carrito de mantecado Guarina; y aun más fácil y probable que a éste del carrito lo veamos mañana encaramado en una máquina de seiscientos caballos, con radio, cine y agua corriente. ¿Que los profesionales del país se han visto, no pocos, en la necesidad de llevar a "casa de padrino" la plancha, más o menos bruñida y brillante, que pregonaba en la puerta de sus casas su improductiva profesión? Pues que vengan de fuera a disputarles el último cliente, los intelectuales y profesionales que en sus respectivos países tiraron su plancha... al arroyo. Y por último: ¿Que no hay bastante pan bendito para los cristianos? Pues que vengan a disputarles las últimas migajas los judíos expulsados de distintos países. Los de arriba, locos por confundirse con los de abajo; los de abajo, haciendo todo lo imaginable para superar a los de arriba...

Todo esto lo discurríamos noches pasadas, viendo desfilar ante el Capitolio las comparsas del Carnaval de 1939; y fungiendo de miembros del jurado que había de discernir entre las tres mejores de aquéllas, los tres premios acordados por la Comisión del Turismo. Confesamos con toda sinceridad que le hubiéramos designado un primer premio a todas y cada una de las diez y siete comparsas que figuraron en el animado, pacífico y pintoresco desfile. ¿Que se hubiera invertido en eso la suma de seis mil ochocientos pesos, que es la que resulta de multiplicar la cantidad de cuatrocientos pesos, asignados al primer premio, por las diez y siete comparsas que formaban el concurso? ¿Y no se han

votado o van a votarse—con v y con b—cerca de ochocientos mil, para los gastos del censo electoral; una cosa que a nadie le divierte, y que va a traer, además, una serie de complicaciones, líos y disgustos infinitos?...

Desde hace tiempo no habíamos visto nada mejor organizado que estas comparsas del Carnaval de 1939. ¡Qué orden! ¡Qué origi-

nalidad y buen gusto en la presentación de la mayor parte de ellas! ¡Qué decencia, pulcritud, color, gracia, ingenuidad y folklorismo en sus cantos; en las letras de éstos; en las escenas que dentro de la significación de ellas se desarrollaban; en los personajes que les daban vida; en la distribución y movimiento de todas ellas, en fin! El jurado, compuesto en su totalidad por elementos del teatro cubano—Regino López, Gustavo y Carlos Robreño, Sergio Acebal, Pepe del Campo, los maestros Anckermann, Roig y Gilberto Valdés, José Serna y Federico Villoch—vió desfilar ante él una pintoresca sucesión de sainetes y cuadros de costumbres, cubanísimos. "El Barracón" con su mayoral; su sereno, recio galaico de grandes bigotes, boina roja, faja, garrote y perro; su esclavo cimarrón huyéndole al perro perseguidor; su negrita brincadora, que baila tango y corta caña, etc., etc.; la carreta tirada por "Piedra Fina" y "Grano de Oro", bueyes que ya han rendido quince y veinte zafras. "Los Marqueses" y "Los Aristócratas" de 1850, que copiaban y rememoraban los casacones y lucentes bombas de sus dueños—marqueses y condes de Santa Cruz, Jibacoa, Marianao, Santa Olalla, San Miguel, Chacón, Casa Calvo, Macuriges, Montalvo, Peñalver, Duquesne, Fernandina, etc. etc.—y los trajes de *soirée* de "misuamas", de amplios miriñaques y elegantes mangas de farol—condesas y marquesas de Campo Florido, Esteban de las Delicias, Campo Alegre, O'Reilly, Santa María de Loreto, etc., etc.—"Las Jardineras", con sus preciosos trajes de cretona de seda floreada, e infinitos cestos y canastillos desbordando claveles, violetas, rosas y jazmines del "pensil cubano": más que evocaban, reproducían ante la enorme concurrencia que los premiaba con sus frenéticos aplausos, aquellos jardines de la calzada del Cerro, de Jesús del Monte, del Tulipán, de Marianao; y aquellas "divinas,



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

perfumadas jardineras" que se llamaron condesa de Lagunillas, de Romero, de Bayona, marquesas de Bella Vista, de las Delicias de Tempú, de Vallengano, de la Reunión de Cuba, de Pedroso, etc., etc. "Las Bollerías", con sus blancos mandiles y sus típicos platos hondos en la cabeza, como broche enorme de aluminio prendiendo el rojo pañuelo que la cubría: y venga amasar y freir el clásico bollito de harina de frijol blanco de "carita", en el movable anaife que lleva la comparsa: la nutritiva, apetitosa y democrática fritura que consoló tantas veces el hambre de los desheredados; de los cesantes; de la bohemia callejera; de los indigentes: el popular "bollito de chino", en fin, tan agradable y deseado por el solo gusto de comerlo. "Los Moros Azules", con sus vistosos trajes de relumbrante seda. "Los Turcos", con sus exóticos cánticos y

sus sincopados toques de tamborcillos. "Los Dandys de Belén", trajeados con la más exquisita corrección anglofrancesa: pantalón negro; zapatos bajos de brillante charol; americana de franela color claro; y gran rosa en la *boutonnière*, convirtiéndose, a su tiempo, como homenaje al jurado, la ancha y luminosa vía ante el Capitolio, en salón del más puro ambiente aristocrático; y en el que, en correctas y comedidas parejas, bailan un cortesano rigodón al compás de la nutrida orquesta que los acompaña: otra vez el viceversa a la vista: los dirigentes declinan; los dirigidos, ascienden...

Y he ahí ya cerrando el desfile, la clásica, la histórica; la comparsa más antigua del Carnaval: la del "Alacrán", sin la que diríase que no existen, ni tienen vida, ni razón de ser, ni el Carnaval ni las comparsas. La comparsaría grita, huye y se arremolina medrosa. Los más valientes se destacan en busca del enemigo; y he ahí que aparecen, conduciendo el enorme y venenoso *scorpio tunetanus* que produce la muerte súbita. Mas el brujo arroja sobre él sus anatemas cabalísticos. Lo inutiliza. Lo vence. Y la comparsa baila alrededor del vencido su frenética y salvaje danza. Así un brujo supremo pudiera inutilizar, matar, aplastar,

el fiero *scorpio* que nos amenaza con su aguijón ponzoñoso...

"Los Composedores de Batea", "lavando la ropa sucia en casa"; "Las Mexicanas", arreando a escobazos "su paciente mulito"; "Los Botones"; "Los Venecianos"; "Los Aldeanos Pinareños"; desde el Malecón hasta la India, un centelleo de farolas y un bullir de cantos.

La comparsa carnavalesca se ha rehabilitado ante la opinión. Mientras los partidos políticos ofrecen con sus disputas el más deplorable de los efectos, la comparsa se dignifica; respeta la tradición; se mueve en su propio medio; respira su ambiente genuino. Para el jurado que, como dijimos, componíase de gente de teatro, el desfile ante el Capitolio, de las comparsas carnavalescas de 1939, resultó una verdadera revista vernácula en diez y siete cuadros, con sus correspondientes números de canto y baile; y sus dialogadas escenas palpitantes de vida, de color, de movimiento. Regino López, seducido por el espectáculo, y recordando sus tiempos, lanza una que otra vez sus características exclamaciones de: "¡Ey!... ¡Uállala!..." que encienden el entusiasmo de los bailadores. Jorge Anckermann tectea inconsciente, sobre el pasamano de la tribuna, como improvisando una de aquellas sus criollísimas producciones líricas, que

tantos laureles le conquistaran—"El Quitrín", de "Los Grandes de Cuba", "El Yumuri", de "Las Bodas de Plata"—Gilberto Valdés, músico moderno que da la "nota" del día, escribe y compone sobre un pentagrama imaginario esos sus números saturados de subyugantes melodías. Pepe Serna, el popular y clásico bailarín de rumba de antaño, lucha y suda lo imposible por contenerse, y no lanzarse al asfalto; y "vacunar" con su pareja. Todo parece decir: —¡Cuba es esto; y nada más; y es bastante!

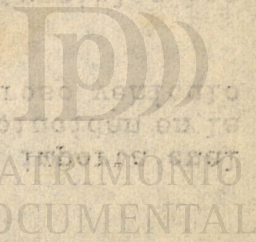
Y los "descoloridos" que pasan de la media rueda, dedican un melancólico recuerdo, mitad cariño, mitad conmiseración, para aquellas viejas comparsas desper-

... de los efectos...
... de la tradición...
... de la opinión...

... de la vida...
... de la historia...
... de la cultura...

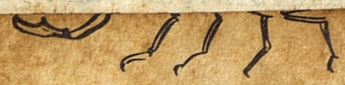
... de la música...
... de la danza...
... de la tradición...

... de la historia...
... de la cultura...
... de la tradición...



3

4



EL ULTIMO CALESERO

I

Lleva airoso el calesero,
 botas altas de charol,
 más relumbrantes que el sol;
 y de buen jipi el sombrero.
 De puño de plata el cuero
 que agita con mano airada;
 en la oreja agujereada
 argollas de oro bruñido;
 blanco el pantalón ceñido;
 negra la chupa ajustada.

A la puerta del jardín,
 muy serio espera la hora
 de que suba la señora
 con las niñas al quitrín.
 Y cuando arrancar, al fin,
 le ordenan con alegría,
 salta lleno de energía
 sobre el caballo de "pluma";
 y con elegancia suma
 coge de la rienda al "guía".

Grita—¡Jiá!—, parte ligero:
 un murmullo se levanta
 de orgullo, al ver la volanta;
 y se crece el calesero.
 Suena más y más el cuero
 que lleva en la diestra mano;
 de su gran poder ufano
 alza altivo la mirada...
 Y es el rey de la calzada
 EL CALESERO CUBANO.

II

Carroza, coche o quitrín,
 sin detenerse un segundo,
 por los caminos del mundo
 la vida corre a su fin.
 El lujoso calesín,
 levantándose y cayendo,
 va sus barnices perdiendo,
 su plata y ruidoso tren;
 al par, sus amos también
 acabándose y muriendo...

Vieja tarasca empolvada,
 los mismos que la olvidaron,
 de su cueva la sacaron
 para ser vista y paseada,
 cual la abuela disecada
 que en sonadas ocasiones
 exhibe sus costurones
 y saca a pasear sus males,
 en alegres carnavales
 y suntuosas procesiones.

Ruina; vejez; aflicción;
 lento pasar de los años;
 mudanzas y desengaños;
 miseria y extenuación...
 Y así, como en un armón,
 en homenaje postrero
 van los restos del guerrero;
 también sobre su quitrín,
 fué en su humilde caja, al fin,
 EL ULTIMO CALESERO.

digadas y pobremente vestidas,
 que deambulaban antaño sin pro-
 tección ni apoyo, a ratos por "el
 paseo", más corrientemente por
 las estrechas y empolvadas calle-
 juelas de los barrios extremos:
 "Los Hijos de Quirina"; "El Ga-
 vilán"; "Los Congos de Chávez";
 "Los Congos de Lumine"; "La Cu-
 lebra"; con su enorme ofidio de
 trapo, arrastrándose por el suelo;
 "Los Negritos Curros"; "Los To-
 reros"; "Los Diablitos"; "La de los
 Chinos"; caminando horas y ho-
 ras sin cansarse, al son de su chi-
 rimía y sus violoncillos de una so-
 la cuerda, con su gran farola
 cuajada de encendidos bombillos
 de colores; y sus típicos trajes
 asiáticos, algunos, se decía, au-
 ténticos, alquilados en el teatro
 chino de la calle de Zanja: ha-
 bía entonces un pardo achinado,
 cuyo nombre no retenemos, el
 único que en La Habana sabía to-
 car aquel típico instrumento. "La
 de los Marineros", que llevaba a
 hombros un pequeño bergantín,
 perfectamente armado, con sus
 velas y demás detalles; gente to-
 da de los muelles, y de Regla y
 Casa Blanca; y la clásica y en-
 tonces popularísima, al alcance de
 todo el que se echase sobre cabeza
 y rostro una ridícula y abun-
 dante pelambreira: la llamada de
 "Los Peludos".

—Pin-pan, cómo vengo este
 (año
 —Pin-pan, allá voy pa tu
 (casa...

¡Pin-pan!

Rompe esta noche la marcha
 de la comparsa de "Los Marque-
 ses", un ridiculo carricoche, tris-
 te caricatura de un quitrín, arras-
 trado por una pareja de faméli-
 cos y huesudos caballos, sobre
 uno de los cuales monta un viejo
 calesero, alicaído, gachas las alas
 de su mugriento jipi; las botas
 enfangadas; la fusta roma y de
 escasa pita; que se nos antoja el
 símbolo harto elocuente de algo
 que va difumándose, borrándose
 en el recuerdo; y viendo rodar pe-
 nosamente ese artefacto sin nom-
 bre, aunque en nuestro lejano
 ayer lo tuvo, y muy glorioso, em-
 pezamos a trazar *in mente* esos
 versos vagos, imprecisos, sutiles,
 hechos de nieblas, que luego se
 concretan; y lanzamos al mundo,
 ya envueltos al fin en su comple-
 to y definitivo ropaje, más o me-
 nos valioso, según nuestros me-
 dios; pero en condiciones de que
 aquéllos puedan presentarse de-
 centemente ante el público. Con
 ellos vamos a cerrar esta vieja
 postal, no tan descolorida, por lo
 que a la copia del presente se re-
 fiere; pero si lo bastante, por lo
 que intenta evocar de nuestro es-
 plendoroso pasado:

Carteles, feb 6/39